

donde ocultaba algunos luises, contando aumentar incesantemente este depósito hasta que llegase la ocasión de ponerlo á su disposición. Pero era tan desgraciado al elegir mis escondrijos, que siempre los venteeaba; luego, para darme á entender que los había encontrado, quitaba el oro que yo había puesto y en su lugar colocaba otros objetos de más valor. Entonces, todo corrido, llevaba mi pequeño tesoro al bolsillo común, que nunca dejaba ella de emplear en bagatelas ó en objetos para mi uso, como una espada de plata, un reloj ú otras cosas por el estilo.

Convencido ya de que no me sería posible acumular y que para ella sería un recurso mezquino, conocí que el único que me quedaba contra la desgracia que temía, era ponerme en estado de poder por mí mismo proveer a su subsistencia, cuando, dejando ella de proveer á la mía, se viera próxima á carecer de pan. Desgraciadamente, echando mis cálculos del lado de mis gustos, me obstinaba locamente en buscar mi fortuna en la música; y sintiendo nacer en mi cabeza cantos é ideas, me hice la ilusión de creer que tan luego como me hallase en el caso de saber aprovecharlos, iba á ser un hombre célebre, un Orfeo moderno, cuyos sonos debían atraer todo el oro del Perú. Como ya comenzaba á leer regularmente la música, á mi entender no había más que aprender la composición. La dificultad estaba en hallar quien me la enseñase, porque sólo con Rameau, no esperaba poder conseguirlo por mí mismo; y desde que se fué Le Maitre, no había quedado en toda Saboya quien entendiérase nada de armonía.

Aquí se verá una de esas inconsecuencias de que está llena mi vida, y que tan á menudo me han hecho tomar una dirección contraria, cuando precisamente creía encaminarme en línea recta al fin que me proponía. Ventura me había hablado mucho del abate Blanchard, su maestro de composición, hombre de mucho valer y de gran talento, que en aquel entonces era

maestro de capilla de la catedral de Besanzón, y lo es hoy día de la de Versalles. Se me puso en la cabeza que había de ir á Besanzón á tomar lecciones del abate Blanchard; y me pareció tan razonable esta idea, que logré que la aceptara mamá. Hela aquí trabajando en mi pequeño equipaje, con la profusión que ponía en todo. Así, con objeto de prevenir una bancarrota y reparar en el porvenir las consecuencias de su prodigalidad, empezaba en aquel mismo instante por causarle un gasto de ochocientos francos: aceleraba su ruina para ponerme en estado de remediarla. Por más loca que fuese esta conducta, nos había ilusionado completamente; uno y otro estábamos persuadidos, yo de que trabajaba para serle útil, ella de que trabajaba para mi utilidad.

Creí encontrar á Ventura todavía en Ancey y pedirle una carta para el abate Blanchard, pero se había marchado. Tuve que contentarme por toda recomendación con una misa á cuatro voces compuesta por él y escrita de su propio puño, que Ventura me había dejado. Con este documento fui á Besanzón, pasando por Ginebra, donde fui á visitar á mis parientes, y por Nyón, donde vi á mi padre, que me recibió como de costumbre y se encargó de remitirme el equipaje, que venía trás de mí, porque yo iba á caballo. Llegado á Besanzón, el abate Blanchard me recibió afectuosamente; me prometió enseñarme y me ofreció sus servicios. Ya estábamos dispuestos á comenzar, cuando supe por una carta de mi padre que mi equipaje había sido detenido y confiscado en las Rousses, aduana francesa de la frontera suiza. Sorprendido con esta noticia, me valí de las relaciones que había adquirido en Besanzón para averiguar el motivo de esta confiscación; porque, seguro como estaba de no llevar nada de contrabando, no podía imaginar en qué habían podido fundarla. Súpelo al fin, y bueno será decirlo, pues es un hecho curioso.

En Chamberí había conocido á Duvivier, un viejo lionés,

muy buen hombre, que fué empleado en tiempo de la regencia, y que habiendo quedado sin empleo entró á trabajar en el catastro. Había vivido en la buena sociedad, era sujeto de relevantes prendas, de vastos conocimientos, de carácter afable y muy cortés; sabía de música, y como trabajábamos en la misma sala, nos habíamos hecho amigos, manteniéndonos separados de todos aquellos patanes mal educados que nos rodeaban. Él tenía en París persona que le remitía esas novedades efímeras, fruslerías que corren sin saber por qué, mueren sin saber cómo y que nadie se acuerda más de ellas cuando han cesado de estar en boga. Como algunas veces lo llevaba á comer á casa de mamá, me hacía la corte, en cierto modo, y, para hacerse agradable, procuraba aficionarme á esas frivolidades, por las cuales sentí siempre tal repugnancia, que jamás he leído una por mi propio gusto. Desgraciadamente uno de estos malhadados papeles había quedado en la faltriquera de la chupa de un traje nuevo que sólo había llevado dos o tres veces para estar en regla con los demás oficinistas. Este papel era una parodia jansenista bastante insulsa de la hermosa escena del *Mitridates* de Racine, que había dejado olvidada en el bolsillo, habiendo leído apenas diez versos. He aquí lo que produjo la confiscación de mi equipaje. Los empleados hicieron en el preámbulo del inventario de mi maleta, un magnífico proceso verbal, en que, suponiendo que aquel escrito se remitía de Ginebra con el intento de ser impreso y distribuido en Francia, se extendían en piadosas invectivas contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, y en elogios de su fervorosa vigilancia, que había evitado la ejecución de este infernal proyecto. Sin duda encontraron que mis camisas oían á herejía, porque en virtud de ese terrible papel fué confiscado todo, sin que jamás me hayan dado cuenta ni noticia alguna de mi pobre pacotilla. Los empleados de hacienda, á quienes se acudió en reclamación, exigían tantas instrucciones, señas, certi-

ficados y memoriales, que perdiéndome mil veces en este laberinto, me vi obligado á abandonarlo todo. Siento en gran manera no haber conservado el proceso verbal del resguardo de las Rousses, pues era un documento que debía figurar preferentemente en la colección de los que han de acompañar á este trabajo.

Esta pérdida me hizo volver en seguida á Chamberí sin haber hecho nada con el abate Blanchard; y bien considerado, viendo que la desgracia me perseguía en todas mis empresas, resolví unir en todo mi suerte á la de maná, y no inquietarme más por un porvenir contra el cual nada podía. Ella me recibió como si hubiese venido cargado de tesoros; poco á poco volvió á proveerme de ropas, y mi desgracia, bastante grande para ambos, fué olvidada casi en tan breve tiempo como me había sucedido.

Aunque este contratiempo entibió mis esperanzas en la música, no dejaba de estudiar siempre mi Rameau, y á fuerza de trabajo logré al fin entenderlo y hacer algunos pequeños ensayos de composición, cuyo buen éxito me animó. El conde de Bellegarde, hijo del marqués de Antremont, volvió de Dresde después de la muerte del rey Augusto. Había vivido mucho tiempo en París, tenía una afición extraordinaria á la música, y era apasionado por la de Rameau. Su hermano el conde de Nangis tocaba el violín, y su hermana la señora condesa de la Torre cantaba un poco. Esto hizo que la música se pusiese de moda en Chamberí, cuya dirección quisieron al principio encomendarme, pero luego echaron de ver que era cargo superior á mis fuerzas, y se arreglaron de otra suerte. Con todo, no dejaba yo de dar algunos trozos de mi cosecha y entre ellos una cantata, que fué muy aplaudida. No era una pieza acabada, pero estaba llena de cantos nuevos y de efectos que no se esperaban de mí. Aquellos señores no pudieron creer que leyendo tan mal la música, me hallase en estado de poder

componer algo que pudiera pasar y no dudaron de que me había engalanado con plumas ajenas. Para cerciorarse de ello, vino á buscarme una mañana el señor de Nangis, con una cantata de Clerambault, en la cual había cambiado el tono, según decía, para comodidad de la voz, y á la que era preciso poner un acompañamiento nuevo, porque el cambio de tono hacia nejecutable el de su autor. Yo respondí que esto era un trabajo considerable y que no podía hacerse de repente, lo cual le hizo creer que trataba de buscar una evasiva, y me instó para que á lo menos compusiese el de un recitado.

Lo hice, pues, mal sin duda, pues para dejar un trabajo bien acabado necesito estar con libertad y á mis anchas; pero á lo menos me ajusté á las reglas, y como fué en su presencia, no pudo dudar de que poseía los elementos de la composición. Así no perdí mis alumnas, pero se enfrió un poco mi afición á la música, viendo que se daba un concierto y se prescindía de mí.

Fué poco más ó menos por aquella época, cuando habiéndose firmado la paz, el ejército francés volvió á pasar los montes. Varios oficiales visitaron á mamá, entre ellos el señor conde de Lautrec, coronel del regimiento de Orleans, después ministro plenipotenciario en Ginebra y posteriormente mariscal de Francia, á quien me presentó. Por lo que le dijo, pareció que él se interesaba mucho en mi favor y me hizo varias promesas, de que no se volvió á acordar hasta el último año de su vida, cuando ya no lo necesitaba. El joven marqués de Senneckerre, cuyo padre era embajador entonces en Turin, pasó por Chamberí al mismo tiempo.

Un día que comía en casa de la condesa de Mentón, asistía yo también á la comida, y acabada ésta se trató de música, que él conocía perfectamente. Se habló de la ópera *Jephthé*, que á la sazón estaba en boga, la trajeron, y me hizo temblar proponiéndome que entre los dos la ejecutásemos. Abrien-

do el libro al acaso, se halló con este célebre trozo á dos coros :

La tierra, el cielo mismo y el infierno,
Se estremecen delante del Eterno ¹.

Me dijo: «¿De cuántas partes queréis encargaros? Yo por mi parte, tomo estas seis.» Todavía no estaba acostumbrado á la petulancia francesa, y aunque hubiese tarareado algunas partituras, no comprendía cómo una misma persona podía cantar seis voces á un tiempo, ni dos siquiera. Nada me ha costado tanto en el cultivo de la música, como saltar con facilidad de una parte á otra, sin perder de vista el conjunto de la partitura. Por la manera de salir del paso, el señor de Senneckerre debió sospechar que yo no sabía de música. Quizás para averiguarlo me propuso que anotase una canción que deseaba ofrecer á la señorita de Mentón. No pude excusarme de hacerlo; la cantó y yo la escribí hasta sin hacerle repetir mucho. En seguida la leyó y encontró, como así era en efecto, que estaba escrita correctamente. Como había visto mi embarazo, se complació en divulgar este pequeño triunfo, á pesar de ser una cosa muy sencilla. En el fondo yo conocía bien la música; sólo me faltaba esa facilidad del primer golpe de vista, que jamás tuve en ninguna cosa, y que en el arte musical sólo se obtiene por medio de una práctica consumada. Sea como quiera, le agradecí en el alma el buen cuidado que tuvo de borrar del ánimo de los demás y del mío propio el pequeño fiasco que había hecho; y doce ó quince años después, habiéndome encontrado con él en diversas casas de París, varias veces tuve la tentación de recordarle esta anecdota, y probarle que conservaba este recuerdo. Mas como entonces había per-

¹ *La terre, l'enfer, le ciel même.
Tout tremble devant le Seigneur.*

dido la vista, temí renovar su pena, trayéndole á la memoria el uso que había sabido hacer de ella, y me callé.

Llegó el momento que empieza á ligar mi pasado con mi presente. Algunas amistades de aquel tiempo conservadas hasta ahora, me han sido muy preciosas. Con frecuencia me han puesto en el caso de echar de menos aquella feliz oscuridad en que los que se llamaban amigos míos, lo eran por mí, por pura benevolencia, no por vanidad de tener amistad con un hombre conocido ó por el secreto deseo de tener así más ocasiones de perjudicarlo. De esta fecha, data mi primer conocimiento con mi antiguo amigo Gouffecourt, que lo ha sido siempre, á pesar de los manejos que se han puesto en juego para quitarme su amistad. Siempre no, ¡hay de mí! acabo de perderle, pero no ha dejado de quererme, sino al dejar de existir; nuestra amistad sólo ha terminado con su vida. El señor de Gauffecourt era uno de los hombres más amables que han existido; era imposible verle sin quererle; imposible vivir en intimidad con él sin serle adicto de corazón. Jamás he visto fisonomía más franca, más simpática, que revelase más serenidad, más sensibilidad y más talento, y que inspirase mayor confianza. Por más reservado que uno fuese, desde la primera entrevista no podía menos de familiarizarse con él, como si le conociera de veinte años. Y yo, que generalmente no estoy á gusto cuando trato por vez primera á una persona, experimenté con él todo lo contrario desde el primer momento. Su tono, su acento, su conversación concordaban perfectamente con su fisonomía. Su hermosa voz de bajo, limpia, robusta, de buen timbre, sonora y vibrante, llenaba el oído y hallaba eco en el corazón. No cabe tener un carácter más alegre, afable y entero, una gracia más verdadera y sencilla, un talento natural cultivado con mejor gusto. Anádase á todo esto un corazón cariñoso; pero que lo era demasiado para todo el mundo; un carácter obsequioso casi sin distinción de perso-

nas; servía á sus amigos con celo, ó mejor se hacia amigo de aquellos á quienes podía servir; y sabía hacer con destreza su negocio, al paso que gestionaba con gran calor los ajenos. El señor Gauffecourt era hijo de un simple relojero, arte que también había él ejercido; pero su porte y sus méritos le llamaban á una esfera más elevada, donde no tardó en colocarse. Trabó relaciones con el señor de la Closure, ministro residente de Francia en Ginebra, que le cobró afecto y le procuró otras relaciones en París, que le fueron útiles, y por medio de las cuales logró tener el suministro de sales del Valais, que le valía veinte mil libras de renta. Su fortuna bastante halagüeña se limitó á esto respecto de los hombres, mas en cuanto á las mujeres se lo disputaban, así es que pudo escoger á su antojo é hizo lo que quiso. Lo más singular y lo que más le honra es que, estando relacionado con gente de todas condiciones, fué estimado en todas partes, solicitado por todo el mundo sin que jamás excitase el odio ni la envidia de nadie; y creo que murió sin tener un solo enemigo. ¡Hombre feliz! Todos los años iba á los baños de Aix, donde se reúne la buena sociedad de las comarcas vecinas. Relacionado con toda la nobleza de Saboya, desde Aix iba á Chamberí á visitar al conde de Bellegarde y á su padrè el marqués de Antremont, en cuya casa le conoció mamá y me hizo conocerle. Esta amistad, que no parecía deber conducir á nada y siguió sin interrupción durante largos años, se renovó en la ocasión que diré, convirtiéndose en una cordial intimidad. Esto sólo me autoriza para hablar de un amigo, con quien he estado tan estrechamente unido; mas aun cuando no tuviese ningún interés personal en recordar su memoria, era un hombre tan amable y dotado de tan relevantes cualidades que, lo creería digno de eterna recordación para honra de la especie humana. No obstante de ser tan buen sujeto, no dejaba de tener sus defectos como los demás, como se verá más adelante; pero si no los hubiese tenido, tal vez no

hubiera sido tan amable. Para hacerle todo lo interesante posible convenía que tuviese algo que perdonársele.

Otra amistad adquirida por esta misma época no se ha extinguido todavía y aun me ilusiona con esa esperanza que tenemos de la felicidad temporal y que difícilmente se apaga en el corazón del hombre. El señor de Conzié, gentilhombre saboyano, que era entonces un joven amable, tuvo el capricho de aprender de música, ó mejor de trabar relaciones con el que la enseñaba. Al ingenio y afición á los bellos conocimientos unía el señor de Conzié una dulzura de carácter, que le hacía complaciente, y yo lo era también mucho con las personas en quienes hallaba esta cualidad. Pronto nos hicimos amigos ⁴. El germen de literatura y de filosofía, que empezaba á fermentar en mi cerebro, y que sólo aguardaba un poco de cultivo y estímulo para desarrollarse enteramente, los encontró en él. El señor de Conzié tenía escasa disposición para la música, y esto redundó en provecho mío, porque pasábamos las horas de lección en cosa muy distinta del solfeo. Almorzábamos, conversábamos, leíamos algunas noticias, sin hablar una palabra de la música. Entonces metía ruido la correspondencia de Voltaire con el príncipe real de Prusia, y á menudo tratábamos de estos dos hombres célebres, uno de los cuales, que en breve tiempo ocupó el trono, se dejaba ya adivinar tal como después debía mostrarse al mundo; y el otro, tan desacreditado entonces como admirado ahora, nos movía á una compasión sincera por la desgracia que le perseguía y que tan frecuentemente es el patrimonio de los grandes talentos. El príncipe de Prusia había sido poco afortunado en su juventud; y Voltaire parecía haber nacido para no serlo jamás. El interés

⁴ Lo he visto posteriormente, hallándole totalmente transformado. ¡Gran mago es el señor de Choiseuli! Ninguna de mis antiguas amistades se ha librado de sus metamorfosis.

que ambos nos inspiraban se extendía á todo lo que con ellos se relacionaba. Nada de cuanto escribía Voltaire se nos escapaba. La afición que entonces cobré á estas lecturas me inspiró el deseo de aprender á escribir con elegancia, y hacer lo posible para imitar el buen colorido de este autor que me tenía prendado. Poco tiempo después aparecieron sus cartas filosóficas, que á pesar de no ser seguramente su mejor trabajo, fué el que más me aficionó al estudio, y esta naciente afición no se ha extinguido en mí desde entonces.

Pero no había llegado todavía el momento de entregarme á ella formalmente. Aun tenía un carácter veleidoso, un deseo de ir y venir, que más bien se hallaba amortiguado que extinguido y que alimentaba el tren de la casa de la señora de Warrens, harto ruidoso para mi natural solitario. Este fárrago de desconocidos que afluan á ella cada día de todas partes, y la persuasión en que yo estaba de que toda aquella gente no buscaba otra cosa más que engañarla, cada cual á su manera, convertían mi morada en un verdadero tormento.

Desde que, por haber sucedido á Claudio Anet en la confianza de su ama, me hallaba más al corriente del estado de sus intereses, veía una decadencia tan rápida que me asustaba. Mil veces se lo había patentizado, la había apremiado, suplicado, siempre inútilmente. Me había echado á sus plantas, haciéndole una viva pintura de la catástrofe que le amenazaba; la había exhortado fuertemente á que reformase sus gastos, empezando por mí; á que prefiriese sufrir un poco siendo joven todavía, á multiplicar continuamente sus deudas y acreedores, exponiéndose á sus vejaciones y á la miseria en la vejez. Ella, agradecida á la sinceridad de mi celo, se enternecía conmigo y me hacía las más halagüeñas promesas; pero llegaba un tunante, y al momento quedaba todo olvidado. Después de haber repetido muchísimas veces esta prueba inútilmente, ¿qué me quedaba hacer, sino apartar la vista de un mal que